

**LOLA MARTÍN-CONSUEGRA**

## **1. Presentación**

Un Mundo de Víctimas es una obra colectiva que pone fin al proyecto de investigación Mundo(s) de Víctimas, desarrollado entre 2012 Y 2015 en el Centro de Estudios sobre la Identidad Colectiva (departamento de sociología 2, Universidad del País Vasco). La principal singularidad del texto, coordinado y dirigido por Gabriel Gatti, reside en que sus análisis sobre los procesos políticos e históricos que intervienen en la construcción cultural de la víctima, están centrados en el caso español; concretamente en el tiempo que va desde 1936, hasta nuestros días. La otra se encuentra en la propia naturaleza de la obra; un trabajo estructurado en veinticuatro textos, en los que se combinan diferentes metodologías y distintos puntos de vista: el trabajo de campo, los análisis teóricos o los textos de especialistas invitados *ad hoc*, configuran un mosaico de relatos que nos muestran el desarrollo de una categoría, la de las víctimas, y su evolución desde el *viejo espacio de las víctimas*, ocupado en España de manera monopolística por ETA, al *nuevo espacio*, habitado por un ciudadano-víctima en el que la persona que sufre ya ha dejado de ser un sujeto excepcional. En efecto, los autores analizan críticamente el relato de la Transición y el lugar privilegiado que en él ocuparon las víctimas de ETA, las dueñas del campo político, si las comparamos con las víctimas del 11-M, del franquismo, o con los de cualquier otro tipo de violencia ejercida por el Estado. De violencia de género (víctimas habladas), de las de tráfico, de bebés robados, del genocidio franquista, o de las de la transición española, trata esta obra. Un glosario en el que también tiene cabida la representación estética de las víctimas, de sus oficios, sus administradores, sus expertos, sus escenarios, las leyes que las regulan, y los dispositivos en general que el Estado pone en marcha para administrar la compleja, y siempre delicada, subjetividad que atraviesa la experiencia injusta del sufrimiento humano.

## **2. Origen y motivación**

Una obra colectiva, como *Un Mundo de Víctimas*, no puede ser analizada sin atender a la trayectoria biográfica y académica de su coordinador. En una entrevista publicada en la revista Aletheia (Universidad Nacional de la Plata) en abril de 2017, Gabriel Gatti dejó claro cómo su exilio en Argentina y la desaparición forzosa de su padre y de su hermana (embarazada), van a reaparecer sucesivamente a lo largo de su trayectoria científica. Con estos referentes afectivos y cognitivos, Gatti puso en marcha el Grupo de Investigación: Mundo(s) de Víctimas. Un trabajo centrado en los procesos de construcción de la identidad de la víctima; una figura que ha alcanzado espacios antes desconocidos dentro de la escena jurídica, mediática y académica. Esta evolución se ha producido debido a que los espacios comunes del sufrimiento,

interpelan a cuestiones estructurales de vulneración relacionadas directamente con los Derechos humanos, con procesos de gestión política y con situaciones de vulnerabilidad extremas.

Los análisis del grupo están organizados en torno a cuatro casos diferentes: las víctimas de raíz política, las de violencia de género, las de accidente de tráfico, y aquellas que están en proceso de reclamación: bebés robados y accidente del metro de Valencia. El estudio se estructuró en torno a dos ejes principales; por un lado, los dispositivos que intervienen en el nacimiento y en la gestión de una determinada categoría, y por otro, las formas en las que las víctimas muestran su identidad y sociabilidad. Una sociabilidad y una identidad que va a poseer elementos comunes y diferenciadores, pero todos ellos pertenecientes a los diferentes mundos de víctimas.

### **3. Ámbitos disciplinares y referentes teóricos**

Gatti se propone entender a la víctima como un actor, que al igual que cualquier otro posee una agencia en la que ser reconocido. Es precisamente esta capacidad de actuar en función de una conciencia subjetiva del sufrimiento compartido, la que hace que las víctimas se organicen y demanden un reconocimiento institucional y social en el que quede inscrito su sufrimiento.

Influenciado por Didier Fassin, Gatti pone encima de la mesa el alto rendimiento político de los gobiernos humanitarios encargados de administrar el sufrimiento de los excluidos (el de todos nosotros, en potencia). Combinando el enfoque histórico con el sociológico y el antropológico, en el texto aparece de manera recurrente el oxímoron de la represión compasiva de las víctimas (habladas, negociadas, excluidas, o invisibilizadas) y el trabajo de ordenación de la subjetividad desde las instituciones donde se dirimen los reconocimientos y donde se escenifica su identidad. Este *gobierno humanitario de las víctimas*, ofrece la posibilidad de dar una respuesta a las formas en las que se ha vuelto intolerable la vida en buena parte de los Estados modernos. Sin embargo, a pesar de su influencia, Gatti critica al solidarismo francés, que haya proyectado sobre las víctimas un aparato teórico en el que aparecen conceptos muy ligados a la ciudadanía, al lazo social y a las políticas públicas. Así, ante la avalancha de ciudadanos que exigen ser reconocidos como víctimas, Gatti afirma que, autores franceses como Chaumont (1997) o Hermès (2007), van a mostrar un profundo recelo:

La víctima, se dice, quita espacio, confronta, rivaliza, polemiza, y hasta disputa la posición central del que ha sido el soporte subjetivo del lazo social moderno de la sociedad *a la francesa*: el ciudadano, (pág.30).

De otro lado, también le reprocha a la tradición anglosajona que haya establecido sus escritos sobre las víctimas, interpretando el sufrimiento como una parte de la

condición humana y olvidando el contexto político, social e histórico, en el que se produce y se reproduce. Con la intención de completar las carencias conceptuales descritas, se escribe: Un Mundos de víctimas; una obra en la que la víctima ya no es una singularidad ni una excepción, sino una red que conecta a todos los ciudadanos marcados, directa o indirectamente, por algún tipo de sufrimiento. Y desde esta consideración, se afirma que la víctima es en potencia la humanidad misma: *todos, aunque nadie* (pág.84)

Después de reconocer las contradicciones propias de las posiciones marginales y universales en las que se ha situado a las víctimas, plantea la hipótesis de que la de ahora es el propio ciudadano; un ciudadano- víctima pasivo y activo, con y sin agencia, argumentando que es desde esta contradicción cómo debe entenderse esta categoría. Este, por lo tanto, es un libro escrito desde la heterodoxia. Así, Gatti afirma:

Los informes son literatura gris y aquí, aunque quisiéramos, el objeto no nos habría dejado hacerlo. Demasiado caliente, al tiempo que macro y micro, amplio y planetario, minúsculo y local, estructurante y efectivo.... ningún texto que refleje esos mundos puede ser redactado desde el puro automatismo, frío, de la mirada científica. (pág. 6)

Un libro en el que se combinan escrituras muy diversas, desde el texto teórico, al relato autobiográfico (texto 24). La sociología, el derecho, la filosofía, la psicología social y la antropología, son las disciplinas que están presentes en unos escritos, que, aunque autónomos, consiguen darle un sentido global a la obra. Pero esta pluralidad disciplinar huye de planteamientos orientados desde una perspectiva clínica o con una vocación reparadora; y lo hace porque sus autores están más interesados en centrar la obra en las demandas de historicidad y empirismo de las Ciencias Sociales, que en contribuir a rodear a la víctima de un cierto aire moral escrito en clave de re-parar, re-construir, re-conducir, restituir... La víctima, por el contrario, es entendida como un actor que, al ser igual que cualquier otro, posee una agencia en la que puede ser reconocido. Gatti, se aleja de la falta de empiricidad de *alguna literatura de enorme peso académico* procedente del campo de la ética, refiriéndose a Reyes Mate (2002) y a José Antonio Zamora, Reyes Mate y Jordi Maiso (2016). El autor dice que respeta esta literatura, pero que huye de ella buscando nuevos territorios de exploración; territorios, afirma, lejos de los juicios morales de la piedad, la compasión o la ira. (pág28)

## 4. Problemas e interrogantes

### 4.1 En torno al ciudadano-víctima

Los principales interrogantes de la obra giran en torno al nuevo concepto, acuñado por Gatti, de ciudadano-víctima, y al espacio social compartido en esta nueva categoría. El viejo espacio, exclusivo y sagrado de las víctimas, ha sido sustituido por un nuevo espacio en el que éstas han dejado de ser un sujeto extraordinario. Desde el centro de la sociedad, y transformada en un ciudadano común, la víctima instala la subjetividad de su dolor en el mismo centro de la escena social. Esta cuestión nos plantea interrogantes nuevos de profundo calado ético y político, pero también sociales y epistémicos; por ejemplo, una vez que el ciudadano-víctima adquiere esa condición (una condición que lo reescribe en un sentido moral, político y social de lo humano), qué tipo de agencia posee y qué comunidades construye. Y aquí Gatti, lejos de las tradicionales maquinarias interpretativas (judiciales, académicas, sociales, clínicas o políticas), que instalan a la víctima en la determinación unívoca de una categoría, la que le corresponda, nos habla del sufrimiento como un lugar (común), compartido por todos los que sufren; por cualquiera de nosotros, por todos en realidad. Porque el mundo va a ser entendido como un mundo de víctimas. En este espacio, singular y plural, las diferencias van a estar principalmente en los distintos grados de reconocimiento (social, legal o institucional) que se les otorgue. En efecto, a lo largo de la obra se pone de manifiesto que el campo de las víctimas posee una estructura compleja establecida en función del momento político e histórico en el que se produjo el trauma.

En el espacio más sagrado del templo de las víctimas, en el epicentro del área sacrificial, los diferentes autores sitúan a las víctimas de raíz política (texto 4), *las dueñas del campo*. Allí se encuentran las víctimas del Holocausto en el siglo XX, las de las desapariciones forzadas en América Latina, y en España las víctimas de ETA. Víctimas ahora preocupadas porque con el continuo aumento de categorías y conscientes del lugar que ocupan, les inquieta que la naturaleza de *ese* lugar se desvirtúe. Dentro de esta jerarquía establecen, en primer lugar, a las víctimas de ETA, a las que le siguen las de otro tipo de violencias: del 11-M, del franquismo, por los desahucios... Y aquí surgen nuevos interrogantes referidos a su reconocimiento social e institucional: qué elementos tienen en común y en qué se diferencian dentro del espacio institucional y mediático; qué particulariza sus narrativas, cómo son sus manifestaciones estéticas... Estamos hablando de qué diferencia el tratamiento institucional y las narrativas de Pilar Manjón,<sup>1</sup> de las de María del Mar Blanco<sup>2</sup>. De cuál es el

---

<sup>1</sup> El hijo de Pilar Manjón fue una de las víctimas del atentado terrorista del 11-M. Ella creó y fue presidenta de la Asociación 11-M Afectados del Terrorismo. Desde su tribuna, en numerosas ocasiones, denunció el uso político de las víctimas

<sup>2</sup> Miguel Ángel Blanco, hermano de María del Mar Blanco, fue asesinado por ETA el 12 de julio de 1997. El asesinato de Miguel Ángel Blanco provocó una movilización, dentro y fuera del País Vasco, que marcó un antes y un después en la historia de ETA.

tratamiento: mediático, estético, epistémico y social que se les otorga a las diferentes subcategorías incluidas en la más amplia de víctimas de raíz política. El 29 de julio de 2017, el diario "El Español" publicaba la siguiente noticia: *Así es y así vive hoy la novia de Miguel Ángel Blanco, ausente de los homenajes. Está casada y tiene una hija.* Este titular resume de manera categórica el lugar sagrado de las víctimas de ETA al que Gatti se refiere, y el ruido mediático afectivo y semiótico que siempre las han rodeado. Esta es una de las grandes aportaciones del texto; la de poner de manifiesto la existencia de una escala victimal en la que según sean las causas, así van a ser los reconocimientos. Otra aportación, no menos importante, va a ser la de identificar y analizar la categoría común del ciudadano-víctima, o lo que es lo mismo, la de una comunidad global de sufrimiento en la que todos somos potencialmente víctimas.

Una de las principales subcategorías del ciudadano-víctima, queda establecida en torno a la víctima de violencia de género. Un personaje habitual en campañas institucionales de detención y prevención de la violencia. De nuevo, surgen interrogantes referidos a los procesos (epistémicos, ético-políticos, sociales y estéticos) que han intervenido en la construcción de esta categoría: la de la mujer-víctima. Un estado que nos performa y que genera alrededor de nosotras un dispositivo de dimensiones inconmensurables: fiscales, forenses, psicólogos, trabajadores sociales y hasta observatorios. La red institucional impulsada por la LOIVG convoca y recluta (institucionaliza), desde feministas a fiscales. Y aquí cabe preguntarse, qué encierra una preocupación institucional que al mismo tiempo que la protege, también reconduce a la víctima por la senda de las buenas-víctimas. Resulta interesante analizar cómo desde posiciones institucionales, todas las mujeres en el ámbito privado (no en el laboral o en el político-institucional), podemos ser reconocidas como potencialmente víctimas; unas víctimas con unas características muy determinadas: *pasivas, sumisas, vulnerables, sin agencia ni palabra* (pág.118). De este modo cabe preguntarse si para ser una buena víctima de violencia de género, es preciso renunciar a toda la gestión del proceso. Esto nos llevaría a la cuestión central referida a la intervención de los expertos en el proceso de expropiación de la identidad de la víctima. Un proceso establecido para que la de violencia de género adquiriera el empoderamiento que le permita emanciparse de la sociedad patriarcal, pero que le va a exigir que ese empoderamiento se pliegue a un itinerario marcado por otros.

Un Mundo de Víctimas, también interroga al lector sobre cuestiones relacionadas con la objetivación del sufrimiento, y aquí nos encontramos con el entramado institucional de las sospechas referidas a la subjetividad de la víctima: forenses, tribunales médicos, jueces, trabajadores sociales.... Hay veces en las que el cuerpo roto (objetivado), se introduce en categorías legales para medir el daño (imposible medir la inconmensurabilidad del sufrimiento); este sería el caso de las víctimas de accidentes de tráfico. Pero hay otras en las que la subjetividad del sufrimiento no ha

obtenido ningún reconocimiento, y ese sería el caso de las víctimas de bebés robados. Una subjetividad que podría ser sometida a procesos de objetivación mediante un banco de ADN en el que las víctimas pudieran reconocerse entre sí para dejar de serlo. Un proceso técnico altamente eficaz, pero que encuentra su principal dificultad en que no se ajusta al esquema de construcción de una buena-víctima. Estas, al igual que las víctimas del genocidio franquista, también señalan a un pasado doloroso para muchos, pero un pasado, al fin y al cabo, en el que se han establecido los cimientos del orden moderno.

Dentro de los procesos anamnéticos occidentales, se plantea un interrogante referido a la excepción en España del genocidio franquista y de la guerra que lo precedió. Esta cuestión interpela directamente al relato hegemónico de la Transición, desde el que se negó el genocidio franquista a base de potenciar a los afectados por el terrorismo de ETA: *compulsión para conmemorar, obligación para recordar, justicia casi vengativa para sus victimarios que acentúan la invisibilidad de otros sujetos sufrientes* (pág. 96). De aquí surge la sospecha referida a que haya sido desde el genocidio franquista desde el que se haya fundamentado el relato transicional. Un relato cuajado en el desarrollismo y continuado en la Transición, y en el que se estableció que todas las víctimas fueron culpables de una catástrofe que no podía volver a repetirse.

España entró en una democracia formal en la que los ciudadanos que habían sufrido procesos de victimización no podían ser reconocidos como víctimas y en la que el manejo político del trauma de ETA, contribuyó a ocultar el trauma anterior. Sobre el por qué desde el ámbito académico, político, sindical o asociativo, se ha venido colaborando en que víctimas y victimarios del genocidio franquista llegaran a ser figuras intercambiables, es una de los principales interrogantes que nos plantea *Un Mundo de víctimas*. De esta pregunta se derivan otras relacionadas con las víctimas de la Transición y la cultura entretejida a su alrededor. Me refiero al manejo político de la esperanza y a la creación de una cultura escrita en clave redentorista. Una cultura que desdibujó a las víctimas del franquismo, a las del atentado de atocha, a las de la crisis del petróleo, a las de la reconversión industrial, a las de la droga, y a todas aquellas que sufrimos por las políticas del desencanto puestas en marcha en el inicio de la democracia. Josebe Martínez (texto 24), se pregunta en qué consistió la Transición, y responde, citando a Sastre García (1997:37): *Consistió en un acuerdo entre élites por medio de negociaciones directas y secretas*, afirmando que quienes conquistaron el *post-mortem* de Franco, reconvirtieron el sueño de libertad en la depresión colectiva del desencanto (pág 402).

En la era de las víctimas el dolor personal se banaliza, puesto que se hace general, mientras que los sufrimientos colectivos se igualan. Gatti y su equipo entienden a la víctima como un producto más de la modernidad; una modernidad en la que lo humano aparece sobrerrepresentado por la racionalidad civilizatoria de Occidente,

y en la que el reconocimiento de un individuo o colectivo como víctima es contingente a esta racionalidad. En ella el ciudadano-víctima nos plantea un interrogante teórico y analítico; un oxímoron, ya que, en el viejo espacio de las víctimas, la víctima era una excepción en relación con el espacio ocupado por el ciudadano, pues o se era víctima o se era ciudadano, pero en ningún caso las dos cosas a la vez. Sin embargo, la víctima ahora ha perdido excepcionalidad, ha devenido en un sujeto normal. Una normalidad que lo sitúa en el epicentro de la sociedad, desde donde en vez de reemplazar al ciudadano, se funde con él. Gatti afirma, que estas paradojas no deslegitiman su planteamiento, sino que, por el contrario, pueden ser aprovechadas para el estudio del gobierno del sufrimiento.

#### **4.2. En torno a los dispositivos del gobierno humanitario (el gobierno de las víctimas)**

Las contradicciones anteriores cobran sentido al analizar las prácticas técnicas y los dispositivos establecidos para poner orden en el sufrimiento de las víctimas; más concretamente para ordenar la subjetividad del dolor. Se trata de una domesticación política por la que el dolor producido por el trauma se introduce en órdenes de legitimidad. Irazuzta y Gatti, citan a Agamben (2011:256), para afirmar que: *Se produce una desubjetivación del sentido emancipador del sujeto, en la medida en que se reproduce como una mera actividad de gobierno*, (pág.186). Los autores, aunque no de forma explícita, se acercan al concepto agambeniano de *máquina gubernamental*, para explicar la gestión política de las víctimas. Y esta *máquina* nos interroga sobre las aportaciones de la psicología, el derecho, la filosofía o la antropología, al gobierno de sufrimiento. *Ideólogos y peritos de la desgracia* que siembran el campo de las víctimas de axiomas, de evidencias y saberes, por los que éstas se van a ver obligadas a transitar. Este espacio suele ser un espacio hostil, lo sé porque lo he experimentado; un lugar de expropiación en el que se reproducen, en muchas ocasiones, numerosos procesos de revictimización. En este sentido es preciso continuar indagando sobre el origen, el mantenimiento y la filiación de las ciencias postconflicto y de las ciencias que en general teorizan sobre el sufrimiento social. La lupa debe centrarse en cuál es realmente la función de los expertos (nacionales e internacionales) en la gestión de un pasado, un presente, y previsiblemente también, un futuro violento.

Desde la criminología crítica, Sáez Valcárcel, nos interroga sobre la evolución de la hegemonía del paradigma rehabilitador a un modelo de gobernanza que ha fomentado el miedo al delito y la expansión del estado policial. En estas posiciones, la víctima cobra protagonismo y se incorpora con fuerza al sistema penal, recuperando espacios que antes le fueron negados. Si la criminología crítica se centró tradicionalmente en el delincuente, fue para someter a cuestionamiento la desigualdad, la pobreza y las políticas responsables de la injusticia social. La creciente demanda de personas (individuales) que se postulan como víctimas, o de movimientos (feministas o ambientalistas) que dirigen al Estado demandas de criminalización, aceptan

una lógica que despolitiza el conflicto precisamente porque lo individualiza. Este aspecto abre nuevos interrogantes referidos a la relación que el aumento y la expansión de las víctimas tiene con el populismo, y con las propias características del ciudadano-víctimas. Me refiero a los tipos de consenso que genera sus representaciones y a las leyes que las regulan (con sus simetrías y asimetrías). La nueva víctima (víctima global), es ahora un sujeto político fabricado por Occidente en momentos históricos en que los Estados tienen serias dificultades para manejar el sufrimiento que generan. Por eso es necesaria una víctima que extienda, a través de otras víctimas, la estrategia del miedo para hacer posible la buena digestión de la criminalidad masiva del Estado y para colaborar con él *en la persecución de infracciones leves cometidas por otras víctimas*. Se trata de un mundo de ciudadanos-víctimas, fabricado, entre otros, por la criminología mediática para poner orden en sufrimiento del verdadero mundo de las víctimas. (pág. 260)

#### **4.3. Referidas al punto de vista estético y a las representaciones de las víctimas**

Desde que en el barroco se establecieron determinadas pautas estéticas, todavía vigentes, para representar el sufrimiento humano, la representación de la víctima ha ido evolucionando en función de vanguardias, políticas, y cánones estéticos. A pesar de esta evolución, la importancia barroca sigue estando muy presente. Desde las campañas de tráfico, hasta la prevención del cáncer, la puesta en escena de la tragedia nos habla de una cultura muy particular para comunicar el sufrimiento. Surge entonces la necesidad de rastrear cómo se funde, en la era del ciudadano-víctima, lo político con lo estético. Y la respuesta está en que lo político también es estético. La emoción irracional del barroco, afirman los autores, nos ha convertido en seres moralizables. Las imágenes reales de las víctimas se han convertido ahora en el escenario del espectáculo.

#### **5. Parecer crítico**

El poder político y la reformulación del término *comunidad de dolor*, está presente en toda la obra; una comunidad total administrada por dispositivos que operan sobre los cuerpos y las subjetividades de las víctimas para poner orden en su sufrimiento. Una máquina disciplinaria a la que las víctimas desean incorporarse para que su dolor adquiera reconocimiento institucional. Esta es la hipótesis central que recorre la obra *Mundo de Víctimas*. Un planteamiento teórico sobre el ciudadano-víctima, que sin embargo deja sin responder cuestiones relacionadas con el contexto que rodea a la proto-víctima, entendiéndola como el ciudadano que está en proceso de vulneración. Porque si todos somos potencialmente víctimas, como afirma Gatti, es preciso tematizar las circunstancias que transforman a un ciudadano en ciudadano-víctima. Esta inflación del término en la cultura contemporánea obliga a adentrarse en campos teóricos más amplios que los abordados por Gatti. También sería

preciso revisar las aportaciones más recientes en las que se inserta el término víctima, si bien es verdad que esta carencia de referentes teóricos puede estar motivada por la intención de los autores en buscar nuevos enfoques y nuevas perspectivas en el estudio de las víctimas.

En el caso de las víctimas de ETA, resultan interesantes, a la vez que necesarios, los análisis referidos al manejo político de estas víctimas para ocultar a otras, también de raíz política: las del genocidio franquista o las de la Transición. Sin embargo, han faltado unas líneas sobre el cruce de miradas entre víctima y victimario. Un planteamiento que nos hubiera llevado simultáneamente por el camino del sufrimiento experimentado y por el del sufrimiento infligido. Desde aquí se hubieran podido analizar los procesos que operan y que intervienen en la intersubjetividad de la comunidad de víctimas, no solo las de ETA o las del genocidio franquista

Otros huecos teóricos están relacionados con un análisis sobre los errores de diagnóstico referidos tanto al que sufre como al dispositivo encargado de reconocer el sufrimiento. El que una persona o un colectivo no se apresure a demandar un cajón de víctimas en el que introducirse, no quiere decir que no lo sea. Esta figura, la de la víctima que se niega o que no se reconoce, apenas si aparece en el texto. La pregunta, sería, como afirma Alan Maurice (1996): *Por qué hay quienes consienten en experimentar sufrimiento, mientras que otros aceptan infligir este sufrimiento a quienes lo padecen* (Dejours, 2009:25) Esta es una cuestión crucial que tiene que ver con estrategias de defensa que contribuyen a cerrar los ojos ante el sufrimiento, pero también con tácticas ofensivas que alimentan, promueven, y aplauden el consentimiento al dolor infligido. Se trata de las mismas tácticas que lo institucionalizan y lo regulan; las mismas que promueven agencias y fomentan a la vez la resignación a través del pensamiento positivo. Se trata de dispositivos que operan anulando la resistencia que cabría esperar en contextos globales de sufrimiento.

Otro tema que se echa de menos en el texto, es el de las víctimas por suicidio. La primera muerte de causa externa en España, y la más olvidada en el ámbito técnico-científico. En realidad, se trata esta de una víctima ideal en cuanto a los dispositivos de atención y cuidados se refiere, puesto que ni los necesita, ni tampoco va a tener la posibilidad de demandarlos. Una mezcla de víctimas con distintos orígenes, muchos de ellos comunes: políticos, de violencia de género, de acoso laboral, de la crisis, del modelo económico-social, de soledad... Un grupo heterogéneo, cuyo interés radica precisamente en la invisibilidad del victimario. Hasta el momento la interpretación clínica sigue siendo la mayoritaria, ocultando la dimensión política del sufrimiento extremo.

En conclusión, la universalidad del término nos hace pensar en un estado de excepción permanente, en el que el ciudadano lo es y ha dejado de serlo. Se trataría de un no-ciudadano-víctima ligado, pero al mismo tiempo abandonado, por el Estado. Lo

que se ha creado en realidad es un orden jurídico nuevo encargado de preservar y salvaguardar a la víctima. Un orden, que la va a dotar de estabilidad al mismo tiempo que protege al poder soberano, con el que termina por identificarse; una cultura del sufrimiento caracterizada por el establecimiento de leyes, instituciones y prácticas, encargadas de que las víctimas se reconozcan en una nueva identidad sin detenerse en explorar las causas sociales y políticas de su dolor.

## **6. Consecuencia para las víctimas**

Hablar sobre las consecuencias que el texto pueda tener para las víctimas, es aventurarse en el terreno de las posibilidades; eventualidades derivadas de su difusión, su metodología y sobre todo de la actividad paralela que los miembros del grupo hayan desarrollado dentro y fuera del mismo.

Las entrevistas en profundidad y los grupos de discusión no dejan indiferente al investigador, pero su influencia también alcanza al sujeto investigado. Este ha sido un tema ampliamente debatido en el seno de las ciencias sociales, debido a las polémicas surgidas en torno a la contaminación del objeto de estudio. Polémica estéril, en tanto que el investigador inevitablemente va a modificar con su presencia el escenario en el que desarrolle sus indagaciones. Está claro que a nivel macro esta obra no va a tener ningún impacto directo sobre el ciudadano-víctima, sin embargo, este trabajo, como otros muchos, sí pueden afectar (incomodar, resituar, reorganizar, motivar, inclinar, modificar), tanto a las víctimas como a los ideólogos y a los expertos que las rodean. Por otro lado, el sufrimiento se produce en sistemas morales y simbólicos de los que el investigador también forma parte, por lo que no resulta aventurado afirmar que en algunos casos puede compartir con los informantes las categorías de víctimas que analiza. En otros casos la objetividad del texto suele aproximarse bastante a una intersubjetividad contrastada con un fuerte apoyo empírico, como ha sido el caso de *Un Mundo de Víctimas*. Más allá de lo afirmado, trabajar en contextos de vulnerabilidad, efectivamente puede tener consecuencias positivas para las víctimas, pero eso no quiere decir que no las vaya a tener negativas. El propio Gatti habla de las tensiones que se producen al reconducir el sufrimiento por el camino de la buena víctima; tensiones producidas por aquellos expertos que ponen todo su empeño en: aliviar, testar, medir, teorizar, o suprimir el sufrimiento humano. Ahora bien, ha sido desde la filosofía política y desde las ciencias sociales en general, que se ha conseguido romper el acuerdo de des-memoria de la Transición. Muchas víctimas tienen un nombre y una sepultura gracias a estas investigaciones; 8500 cuerpos, según Francisco Ferrandi (texto 10). Unas vidas de ultratumba, que han establecido diálogo con una generación joven que muestra interés por la memoria. Muchos espacios micros removidos por investigaciones y textos en la línea de *Un Mundo de víctimas*, han conseguido modificar leyes y espacios de memoria y sensibilidad social, que también fueron sepultados.

El ciudadano-víctima que lea esta obra no se va a quedar indiferente, y ya sea como experto, ya como profano, el libro despierta el deseo de nuevas incursiones epistemológicas, de ganas de saber más a partir de las propias discordancias con el texto. En este sentido su descubrimiento empieza, como afirma Jung, con la conciencia de una anomalía: la del sufrimiento injusto de las víctimas.

### **Referencias bibliográficas**

FASSIN, D. (2010): *La raison humanitaire. Une histoire morale du temps présent*. París: Gallimard-Sevil.

MATE, R. (2002): *La filosofía después del Holocausto*. Barcelona: Río-piedras.

ZAMORA, J.A., R. MATE y J. MAISO (eds.) (2016): *Las víctimas como precio necesario*. Madrid: Trotta.

FERRÁNDIZ, F. (2014): *El pasado bajo tierra: exhumaciones contemporáneas de la Guerra Civil*. Barcelona: Anthropos / Siglo XXI.

ESPAÑA (2004): Ley Orgánica 1/2004, de 28 de diciembre, de medidas de protección integral contra la violencia de género. *Boletín Oficial del Estado*, 313:42166-42147.

AGAMBEN, G. (2013): *Homo sacer: El Poder Soberano y la nuda vida*. Valencia: Pre-Textos.

CHAUMONT, J.M. (1997): *La concurrence des victimes. Génocides, identité, reconnaissance*. París. La Découverte.